

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
14 Septiembre 1889.
NÚMERO 50.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

PEPE ESTRANÍ

Un escritor popular
de mucho ingenio, y de gracia,
que comulga en el altar
de la virgen Democracia.

Rudo adalid del progreso,
pasa la vida luchando,
¡Cuando Estraní no está preso,
de fijo le andan buscando!

Su talento de escritor
produjo cien maravillas,
y hasta por ser inventor,
inventó *Las Pacotillas*.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

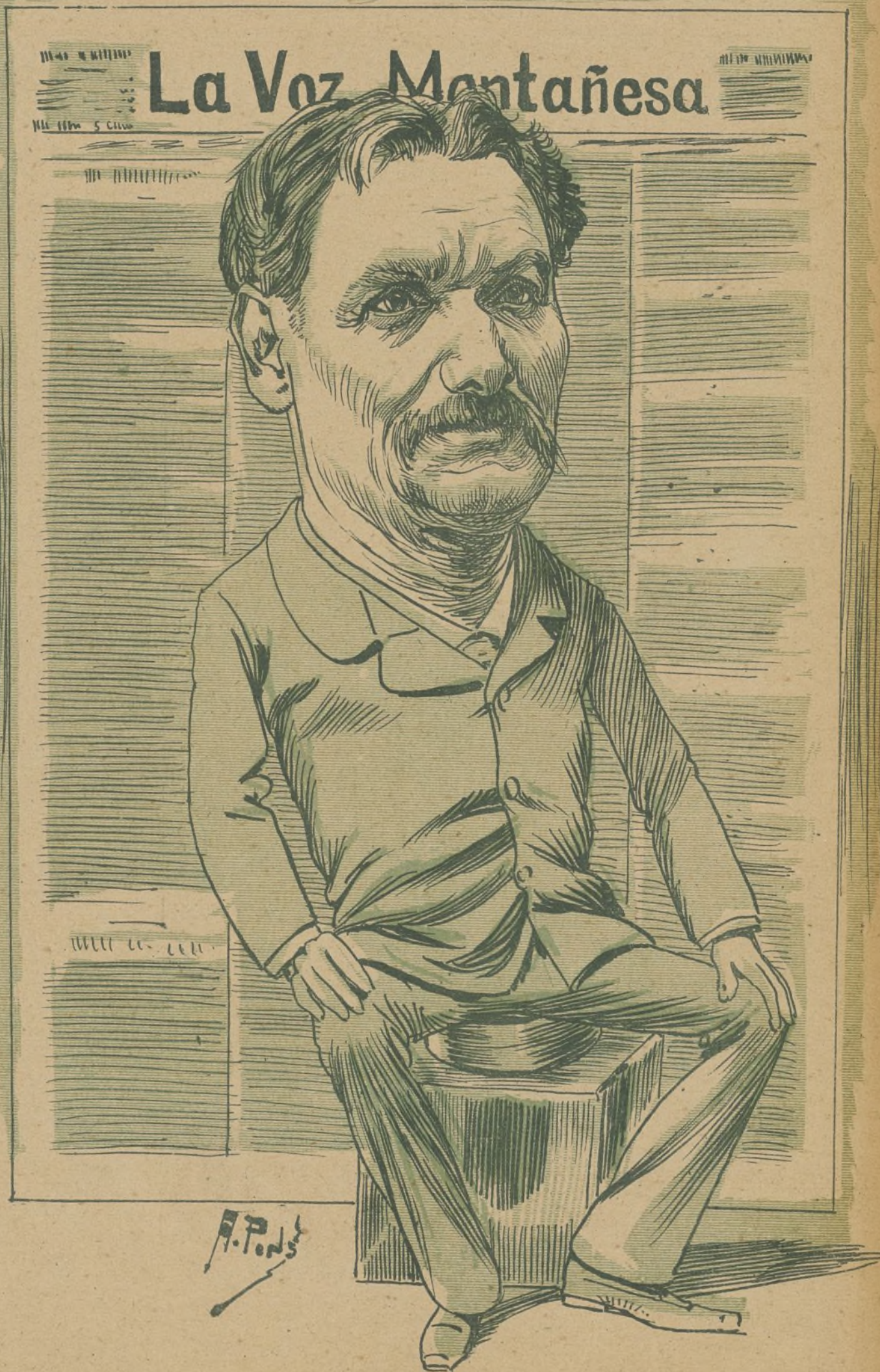
Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
" ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



DIARIO CÓMICO

- I. Y llegada fué la hora de dar fuertes voces y de llamar á Mansi.
- II. Porque él conoce á los funcionarios malos, ve asimismo la iniquidad. ¿Y no hará caso?
- III. Oid ahora ¡oh López! mis razonamientos, y estad atento á los argumentos de mis labios.
- IV. Manos pecadoras escribieron un miércoles la *Crónica*.
- V. Y en forma de carta, y con el sello legal, depositada fué en el arca *non sancta*, que por Buzón conocen los profanos.

VI. Empero, así como las cartas se escriben para que lleguen á su destino, conductores, peatones y carteros hay para oponerse á tan pecaminosos designios.

VII. Y he aquí que yo buscaría á Mansi, y depositaría en él mi confianza y mi correspondencia.

VIII. Porque él hace cosas grandes é inescrutables maravillas, por más que desatienda nuestras reclamaciones.

IX. Mansi, el que tiene oídos de mercader y cobra quince mil pesetas de sueldo.

X. El que esteriliza el trabajo de los más activos, para que la labor de sus manos no prospere ni fructifique.

XI. El que tiene subordinados réprobos, ó reprobados como los hijos de Belial y de Melgarej.

XII. Que de día topan con tinieblas, y en mitad del día andan á tientas como de noche, sin encontrar los nombres de las calles ni los números de las casas.

XIII. Y son débiles, y caen en la tentación de *tentar* los pliegos abultados, creyendo encontrar valores en ellos.

XIV. Y los buscan.

XV. Y he aquí que encuentran cuartillas borrosas, y las esparcen al aire con mofa y menosprecio.

XVI. ¿Qué tienen estos funcionarios ¡oh Mansi! para que tú los engrandezcas y pongas sobre ellos tu corazón?

XVII. Acuérdate que mi *Crónica* representa un puñado de garbanzos, más ó menos duros, pero al fin garbanzos, y que mis manos no pueden reproducirla, si se pierde, con sazón oportuna.

XVIII. Y que López y Pons, después de maldecirme, me arrojarán de su vera como á leproso y apestado.

XIX. Acuérdate que tú eres el llamado á enmendar los yerros de tus subordinados, empleando para ello hasta el hierro, si es preciso.

XX. Si esto no enmendáres, seguiré mi queja, y te acompañará el eco de mi dolor á todas partes.

XXI. No reprimiré mi boca; hablaré en la angustia de mi espíritu, y quejaréme con la amargura de mi alma.

XXII. ¡Oh Angel todopoderoso en la casa de Correos! Domina la iniquidad, castiga el vicio, deja cesante al padre, procesa al hijo, deporta al nieto, y haz que las cartas lleguen á su destino, sin tropiezos pecaminosos ni irregularidades depravadas.

Amigo López, cariñosísimo compañero Pons: La lamentación anterior os habrá demostrado que escribí la *Crónica*, que la puse en el correo, como todas las semanas... ¡y que no ha llegado á esa Redacción!

¡Insondables misterios del celebrado servicio de Correos! ¿Queréis que publiquemos la caricatura de Mansi?

Un jovencito... ¡diecisiete años! á su padre le *tima* unas alhajas, y del paterno hogar haciendo *mutis*, obsequia á una *Friné* desvergonzada. Al poder judicial no hay nada oculto. Siguen la pista al niño enamorado. Iracundo el papá le tiente el bulto, y al saberlo *Friné*, se ha demayado. ¡Historia lamentable que demuestra á los hijos de familia, que, entre comida de vigilia ó carne, escojan la vigilia!

Siguen estando en boga las *ligas*. Verdaderamente es una *prenda* muy recomendable. Sirven para varios usos; pero los más indicados son para sujetarse las medias y hacer la oposición al Gobierno. Pero hay ligas para todas las clases y para todos los gustos. Las hay célebres: *las ligas de mi morena*, pongo por caso. Hay quien se entusiasma ante unas ligas de color de rosa, con broche de plata. Otros las prefieren azules. Y no están mal sobre una media blanca. A muchos les gustan la de cazar pájaros. A otros, las de cazar incautos. A éstos, las de goma. A aquéllos, las agrarias. En cuanto al sitio de su colocación, tampoco están conformes los autores.

Unos las prefieren altitas, á la francesa.

La mayoría afirman que no está en su sitio si no se aprietan por debajo de la rodilla.

Algunos las quieren en Barbastro.

Y á propósito de estas últimas:

¿Han leído ustedes la proclama (*ú lo que sea*) que ha lanzado á los vientos de la publicidad uno de los *ligueros* catalanes?...

El buen señor no pide casi nada.

«Retraimiento absoluto de tomar parte en elecciones de ninguna clase.»

¡Así, en redondo! ¡Viva el sufragio universal!

«Que los pueblos interrumpan sus relaciones unos con otros por completo y en absoluto.»

¡Viva la fraternidad!

«Negar el saludo, y el albergue, y el aire, y el pan, y la sal... á todo forastero *de fuera* que se presente en el pueblo, y al que por el *habla* se le conozca que no es de allí.»

¡Viva el amor al prójimo!

«Que los gobernadores civiles sean sustituidos en todas las provincias por Generales de división.»

A caballo, y de gala.

«Que se pueda sembrar trigo en los balcones, y que se aumente el precio de las bulas.»

Todo esto para favorecer la agricultura. ¡Ah!

«Que en los pueblos rurales no haya cafés ni Casinos.»

¡Eso! ¡Ni sentido común! ¡Ni nada!

Murió el pobre Arderius; pero el género bufo se mantiene todavía tan fresco y tan lozano.

Si no le ponen á raya, ese hombre va á ser un rayo en el monte y en la playa. ¡Vaya, vaya, vaya, con los amigos de Bayo!

En una casa de la plaza de Numancia, en Santander, ha sorprendido un marido á su cara mitad en infidelidad conyugal.

Los amantes cenaban tranquilamente, cuando entró el desventurado esposo.

El seductor escapó por el tejado.

¡Y en qué plaza fué á ocurrir esto, Dios mío!

Cuando es débil la mujer halla en rendirse su gloria, y el ejemplo de la Historia no la recuerda el deber. ¡Y caer, hasta ese punto, siempre en igual circunstancia, en la plaza de Numancia ó en la calle de Sagunto!

A Rosita la murciana un diputado francés disparó un pistoletazo hace unos días. ¿Por qué? Si ella se canta y se baila con mucha gracia y *aquel*, y es joven, y es guapa, y tiene la sal que debe tener una barbiana de *búten*, no hay que preguntar por qué. Ella esquivó, y él audaz, el *disloque* del querer, y si ella le dió la mano, y *monieur* se tomó el pie, como ella no será manca, acordóse de Bailén, de Gerona y Zaragoza, y hubo un Dos de Mayo. ¡Pues!

E. NAVARRO GONZALVO.

A D. José M. Esbrí.

II

De anfibologías hay algo escrito, pero poco, Sr. Esbrí; y especialmente en esas retóricas vulgares, hechas casi todas *grosso modo* por los covachuelistas del arte, por los preceptistas oficiales, no se encuentra la materia tratada con reflexión y con la amplitud y sutileza de análisis que son del caso. La mayor parte de las retóricas llevan á estos asuntos, que se prestan á mucho estudio y en los cuales tanto pueden hacer las lecciones de la experiencia y las del buen gusto, un criterio estrecho, autoritario, de rutina, que atiende, sobre todo, á las definiciones precipitadas é insuficientes, y al prurito de clasificación y división excesivas que ya condenaba ese mismo Quintiliano que usted cita. No es la obediencia ciega á la regla dogmáticamente impuesta por esos tratados didácticos á lo que se ha de atender para juzgar bien en tan delicadas cuestiones. Tomado eso de la anfibología en montón, sin los debidos distinguos, se llega á la ridícula manía, *cursi* como ella sola, de llenar las cláusulas de esas manecillas y esos jalones que señalan y limitan el camino de la construcción gramatical, con palitroques y signos gráficos de pronombres demostrativos á granel, y con otros recursos no menos feos, como v. gr., las salvedades ociosas, las referencias explícitas inútiles y el riguroso, monótono y pobre orden llamado lógico, que aun en nuestras lenguas analíticas está muy lejos de ser el *natural*, en oposición al que se llama figurado, y que es, en ciertos límites, el que verdaderamente dicta la naturaleza.

Sin que yo éntre á estudiar, inoportunamente ahora, la teoría de la anfibología en su relación al lector y en su relación al escritor y á la libertad, fuerza, novedad, originalidad, elegancia, concisión, etc., del estilo, y—lo que más que nada importa—á los cambios y progresos del idioma; sin detenerme tanto, sí puedo decir que la *anfibología del tonto*, ó del que se hace el tonto, no debe detener jamás al artista de la palabra en el uso del hipérbaton y otros cien recursos y maneras de la habilidad del estilista, el cual tiene siempre derecho á suponer que sus lectores son discretos y medianamente instruidos. La *anfibología del tonto* es la que no puede suponer que existe el lector de buen sentido que atiende con buena fe á lo que va leyendo. Decir, v. gr., que hay anfibología en esto: «La Reina de Francia, que era disoluta,» y preguntar: «¿quién era disoluta, Francia ó la Reina?» es prueba de mala fe, ó mostrarse imbécil, porque en eso no hay anfibología. Con la *anfibología del tonto* no habría hipérbaton posible, ni podrían considerarse escritos en castellano la mayor parte de los versos de nuestros siglos de oro, que hoy ni entienden siquiera los lectores de folletines, no sólo por causa de las alusiones históricas y mitológicas, sino por la misma construcción elíptica y, en general, por diversos conceptos figurada y elegantemente *difícil* para los indoctos y poco atentos. El Sr. Esbrí, que, de fijo, ha leído mucho á nuestros antiguos poetas, me confesará que para entender todo lo que dicen y gustar todas las bellezas de su gracioso estilo, se necesita una tensión constante del espíritu atento y reflexivo: algo semejante á lo que es indispensable para traducir con acierto la poesía de una lengua de las llamadas sintéticas, ó para entender bien á uno de los grandes filósofos sistemáticos de Alemania, etc., etc. En la *anfibología del tonto* no cabe la gracia y elegancia del decir antiguo, ni la libertad discreta, y fecunda en progresos, del estilista moderno. A la *anfibología del tonto* suelen atender con ridículo cuidado y cómico recelo esos documentos oficiales que nos regala á veces la *Gaceta* en forma de preámbulos y casuística legislativa; pero siempre despreciará tan convencional y abstracta cortapisa el escritor artista, seguro de sí mismo y de la *lógica gramatical*, poco menos que infalible, del hablista experimentado que expone un pensamiento propio.

Pero... ¡adónde iba yo á parar! Recogiendo velas, diré que las anfibologías que yo apunto de tal ó cual escritorzuelo no son de éstas, sino de las que nacen de la ignorancia y falta de habilidad en el autor. En aquello que usted copia de mi epístola:

Y en una soledad como la mía,
que tengo en lo más verde de mi España, etc.

no hay una sola anfibología, sino algo de hipérbaton y varios incisos reunidos debidamente por los medios que la gramática ofrece, sin que resulte oscuridad (y no anfibología ni impropiedad de lenguaje, que es lo que usted viene á indicar), sino para el poco atento ó para el poco acostumbrado á la construcción figurada y á las cláusulas con muchos complementos indirectos, que son tan frecuentes en nuestra lírica, propensa al *corte* oratorio de las estrofas.

No creo en la buena fe de usted cuando me censura por lo de y que ya de escribir perdí la maña, pues la copulativa y señala suficientemente el antecedente del relativo *que*, á saber: «los versos que solía escribir, y que ya no

escribo.» Tampoco hay pretexto *gramatical* para decir que *fria* se puede referir á soledad, pues está claro que es epíteto de forma, que es el femenino singular inmediato. Ni esto, ni lo de *escribir la soledad* puede usted decirlo de buena fe, pues no cabe suponer que usted ignora los rudimentos de gramática que enseñan que no hay motivo para atribuir el *que* que antecede á *de escribir* á un complemento indirecto que va tres versos más arriba, y no al antecedente del relativo que inmediatamente precede, expreso.

Dice usted, dejando las anfibologías, que no hay modo de encontrar: «¡Veo un *parta* traído á remolque por una carta.» Malicia pura: eso no es ripio; se trata de *medio* poeta, y decir *partir* es tanto como decir *dividir*, y está perfectamente dicho. El *refuto* dice usted que pide un complemento directo, por ser verbo transitivo. Pues si tanta falta le hace á usted que el verbo transitivo se use con complemento directo siempre, supla usted lo que podemos suponer allí salto por lícita elipsis: «*el supuesto*, el cual callo, y que *no refuto*.» Por lo demás, una cosa es usar un verbo transitivo como intransitivo (lo cual nunca es lícito) y otra cosa que un verbo transitivo *per se*, se emplee sin expresión de un complemento directo. El verbo amar es transitivo, y si yo digo: «Ama, y serás feliz,» me parece que hablo en castellano. Ni más ni menos que cuando digo: *Luis pretende, Malvina escribe*, que son los ejemplos que da la gramática de la Academia al tratar de las oraciones *segundas de activa*, ó sea de las de verbo transitivo sin complemento.

No le gusta á usted el rezo del verso

Conforme en esta epístola lo rezo;

porque, según usted, la que lo reza es la epístola, no yo que lo leo. Rezar, Sr. Esbrí, viene de *recitare*, y el Diccionario de la Academia, antes de la acepción (familiar por cierto) de que usted quiere que tomemos la palabra, nos da la acepción en que yo la empleo; yo recito, no canto la epístola, y al leerla rezo, ó recito... lo que va delante. El que se emplee familiarmente el verbo rezar en el sentido en que usted quiere que lo use, no quita que el sentido en que yo realmente lo empleo sea legítimo y más general, por no ser privativo del estilo familiar.

Lo de «sacudiendo su música de esquilas,» podría ser un atrevimiento del estilo, pero no un pecado de ignorancia.

No insisto en ello, pues usted mismo, con buena fe por esta vez, reconoce la legitimidad del tropo.

En cuanto á si el sonar de las esquilas del ganado en los valles y montañas de mi país es digno de que se llame música, no admito discusión: ni estas esquilas suenan como cencerros, ni en las armonías del campo hay más poético y dulcemente melancólico instrumento.

Pregúnteselo usted á Schiller.

Quedan contestadas todas las *dificultades* del primer artículo del Sr. Esbrí, y paso al segundo, recibido á última hora.

Y dice el Sr. Esbrí: «Al final de la página 15 leo:

«...yo del perro
te quiero hablar á ti, que si se humilla
y lame alegre á su cadena el hierro.»

«¡Miren qué gracia! ¿Y qué otra cosa sino el hierro le podía lamer á la cadena el animalito?»

¡Pero, por Dios, Sr. Esbrí! si usted no le consiente expresiones perifrásticas al que escribe en verso, ¿á quién se las va usted á consentir? En todo caso, entiéndase usted con Zorrilla, que en *El Zapatero y el Rey* (segunda parte), dice al pie de la letra:

que al lecho siempre de su dueño atado,
lame servil de su cadena el hierro.

El censor que tan minuciosa y tan inútilmente busca pajas en el ojo de *Clarín*, sale á la defensa de las vigas del ojo de Palacio y tergiversa lo que yo he dicho criticando á 0,50. Lo que yo censuro en lo de vivir amarrado al yunque de la fama, no es la materialidad de la expresión, sino lo disparatado de la figura, y la palabra *amarras* está empleada en sentido traslaticio, y por vía de exageración retórica, para hacer resaltar la congruencia de la imagen. Sólo que el Sr. Esbrí piensa que criticar *al por menor* es hacerse el tonto y no querer ver y entender lo que ve y entiende cualquiera. No es eso, no señor, lo que yo hago con los malos poetas; examinar en ellos pormenores sí, pero no minucias, que no es lo mismo. Lo que como parte de una composición es por menor, como disparate puede ser mayúsculo; y á esta clase de pormenores es á lo que yo atiendo.

No me confunda, pues, el Sr. Esbrí con él ni con otros tales que han querido castigarme haciéndome mirarme en el espejo de tamaña crítica. Eso no es crítica; eso es gana de perder el tiempo. El Sr. Esbrí cree que en virtud de una sinécdoque se puede decir siempre canchero por portero. Bueno; pues entonces llamaremos á San Pedro el canchero de la corte celestial. El canchero, sobre todo tratándose de asuntos mitológicos, siempre recuerda, tanto como la portería, la idea de perro monstruoso y la idea de infierno, y poner un canchero al templo de





El representante de una fábrica de objetos de nácar que ha ido á ver si le vendían unos pedazos de la célebre Concha,

—Espere usted dos días más, Clarita, y marcharemos juntos. ¿Qué prisa tiene usted?
¿No me ha dicho que el fondista ya no le molesta con la cuenta?

—Pues por eso, por eso precisamente.



—Hija mía, por Dios, no alce tanto los pies, que ya me ha dado dos golpes en los mismos sitios.



Yo vine á ver la gran semana de Biarritz y me he encontrado con que tiene siete días como todas las semanas de todas partes.



—La de Gómez bañándose con el inglés. ¿A que la muy gorrina le permite las libertades que se tomó conmigo el otro día?



—¡Cómo se ríe mi mujer! Apostaría cualquier cosa á que le está dando pellizquitos bajo el agua á «quel sietemesino de las patillitas. ¡Si es lo más juguetona!



—Hasta el año que viene, caballeros. A Madrid me vuelvo, para lo que ustedes gusten.



—No comprendo cómo San Antonio resistió las tentaciones; ¡si á mí me dijeran buenos ojos tienes, nada más!

la Fama, que es lo que yo he censurado, no puede estar bien, pese á todos los tropos del mundo; cada cosa á su tiempo; los nabos en Adviento y las sinédoques para la sazón oportuna.

Viene en seguida una censura, con su disculpa correspondiente, de las palabras gordas que he tenido que emplear en mi disputa con 0,50. Tiene razón el Sr. Esbrí; y no acostumbro yo á usar tal vocabulario, ni cuando tengo que estar fuerte en el ataque; pero M. del Palacio siempre ha escrito así, no puede remediarlo, y hay que contestarle en el mismo diapasón.

A él los ripios le llevan á hablar de albardas (véase su soneto al naturalismo) y de otras cosas de cuadra (véase sus versos á D. Venancio González, entre muchos otros). Yo siempre he procurado huir de tamaño tecnicismo. 0,50 es el primer hombre á quien he tenido que insultar en letras de molde, y eso en justa represalia.

Ahora viene una *dificultad* que, según mi censor, merece capítulo aparte, y que ha dado ocasión al distinguido opositor á cátedras para entrar, con indudable competencia, en el terreno de la erudición clásica. Aquí verá el Sr. Esbrí que no soy tan orgulloso y apasionado como algunos pretenden. Casi casi voy á darle la razón en esta *dificultad* que él ha tratado con acierto indudable.

Se trata del verso

"Servistes á enemigos naturales,,"

y pregunta Esbrí: «¿Cómo se ha atrevido Cabranes, humanista consumado, á colgarle una *s* á la segunda persona del singular, sabiendo las deficiencias del verbo latino?» No ha sido Cabranes; he sido yo. Cabranes se oponía con todas sus fuerzas; prefería decir:

"Serviste á tus contrarios naturales,,"

pero yo encontraba mejor el otro verso, el que quedó, y no porque entendiera que el *servistes* era correcto, así como suena, ni tampoco por juzgarlo arcaísmo tolerable. Aunque sé muy poco, sé conjugar en latín y en castellano; y sé también que el metaplasmo que se cometía al decir llevastes, distes, pusistes, deseastes (1), corresponde á la jurisdicción de la figura llamada síncope, mientras el *servistes* por *serviste*, de ser admitido, es paraloge; porque el poeta del siglo de oro hablaba con las prendas por su mal halladas, y decía llevastes por llevasteis, y suprimía una letra en medio de dicción; y *servistes* por *serviste* en singular, y añadía una letra en fin de dicción. En esto no hay duda; como licencia, y sólo como licencia, se empleó el *servistes*. ¿Con qué autoridad? me preguntaba Cabranes. Con la de varios poetas modernos, entre ellos Espronceda, respondía yo. Cabranes torció el gesto, y aunque no se atrevió á murmurar del poeta de *El Diablo Mundo*, me arrancó la promesa de usar pocas veces de semejantes libertades, que no son, ciertamente, de las que hacen progresar la lengua.—Sí, señor Esbrí; en este punto Cabranes piensa como usted, y yo mismo reconozco que, ni aun con el ejemplo de Espronceda y otros poetas castellanos modernos, se debe emplear tal paraloge, que va, en rigor, contra el genio y la *tradición orgánica* de nuestro idioma.

No tema usted que yo use de tal licencia muchas veces, porque como sólo en verso se puede consentir, si es que se consiente, y yo en verso sólo escribo en casos raros y de la índole del presente, no tendré muchas ocasiones de pecar.

Siento que lo mucho que va escrito me obligue á ser ya muy breve al refutar los argumentos ó *dificultades* del tercer artículo del Sr. Esbrí.

Emplearé casi el estilo telegráfico, cuando se pueda. Pero... ahora que lo vuelvo á leer, en ese artículo no hay más que una *dificultad*, la última. El Sr. Esbrí censura á Cabranes, porque encuentra abominable el abuso de las sinalefas y de las diéresis, y pregunta al crítico:—¿Cree Cabranes que la sinalefa está en el mismo caso que la diéresis?—Y contesta Cabranes:—No, señor; pero ¿cree el Sr. Esbrí que el agua es lo mismo que el vino? Y, sin embargo, cabe abusar del vino y cabe abusar del agua. El abuso no es sólo cuestión de cantidad, sino que puede referirse á otras categorías, como el tiempo, el modo, el lugar, etc., etc. El abuso del vino es cosa diferente del abuso del agua. Más fácil es caer en el abuso del vino; pero el otro es posible también. Si el Sr. Esbrí piensa que no se puede abusar de las sinalefas, es que no tiene oído y que *mide* los versos á lo agrimensur. El abuso de la sinalefa no consiste en unir las sílabas relacionadas por ella (á lo menos en la mayor parte de los casos), sino en no evitar la presencia de la sinalefa cuando se reúnen muchas en un mismo verso, ha-

(1) Véase el soneto de las *Dulces prendas*, de Garcilaso.

ciéndolo *flatulento* (si se trata de lectores de buen oído) flojo y *difícil*, malo, en, suma por razón del sonido, y, en consecuencia, por razón de la misteriosa relación del verso, como tal, con su idea. (¡Todo esto es tan delicado y tan complicado, señor Esbrí, para expuesto tan deprisa!). Y no sólo en este caso hay abuso de la sinalefa, sino también cuando hay que juntar en una sola sílaba vocales que por su índole y condiciones se unen con algún esfuerzo, produciendo cacofonía, etc., etc. Porque hay sinalefas y sinalefas. «La estrella,» «La Eucaristía,» no *sonarán* lo mismo; son sinalefas de diferente *grado*, y muchas, como la segunda, estropean fácilmente la eufonía y el ritmo. La *única* (al principio de un endecasílabo, especialmente) será *peor* sinalefa que otras muchas; será peor sinalefa también á él, ó de él, que multitud de ellas, y á nadie parecerá verso incorrecto éste:

Mas habla Él y la tormenta calla;

en que no se *ejerce* el derecho de sinalefa; y sería verso duro este otro:

Mas habla Él porque calle la tormenta;

en que se une *bla* con *Él*, por sinalefa, para que haya las sílabas correspondientes. Y este verso no es sólo duro, sino que en él se rompe la armonía de la idea y el ritmo, *incrustando á Él*, á Dios, como si fuera humilde particular, en la palabra anterior... Y... ¡podrían ponerse tantos casos de abuso indudable de la sinalefa!

Yo no puedo detenerme más por ahora en este asunto; pero el Sr. Esbrí, que es perspicaz y no siempre mal intencionado, de fijo vislumbrará lo que me queda en el tintero, y que me queda mucho.

Sea humilde como yo acabo de serlo en lo del «ser cortés.» ¿Verdad que tengo *algo* de razón? ¿que cabe el *abuso* de la sinalefa? ¿que hay sinalefas y sinalefas? ¿que la materia es muy extensa y complicada? ¿que no basta lo que acerca de ella dicen las retóricas vulgares?

Y no tengo más que decir. Porque las objeciones de carácter general, referentes á mi manera de entender los deberes de la crítica, etc., etc., las tengo combatidas en multitud de artículos.

Yo también he encontrado defectos de retórica y de gramática (anfibología inclusive) en los artículos del Sr. Esbrí; pero como no tengo interés alguno en demostrar que hay en el mundo un Sr. D. José María Esbrí que no escribe todo lo bien que fuera de desear, no digo palabra de las incorrecciones notadas.

Confieso que si estuviéramos en país de más cultura literaria, no hubiera dado todas estas explicaciones á un opositor á cátedras de Retórica que busca los asuntos para *colocar* sus citas; pero en España hay tal ignorancia entre la clase de literatos, que al hablar con un dómine se figura uno habérselas con un sabio.

Ahora, lo que no le aconsejo al Sr. Esbrí, es que insista...

CLARÍN.

DESDE EL BOULEVARD

No, esto no es el Boulevard; desde hace quince días esto es la Carrera de San Jerónimo, ó la calle de Alcalá.

Esto es la invasión española, la *revancha* de la invasión francesa del año ocho.

Los españoles han conquistado á París en quince días.

No se da un paso sin ver una cara conocida, un semblante amigo; cada cinco minutos un saludo cariñoso, á cada momento un golpe de sombrero.

Madrid debe ser algo como el desierto de Sahara en estos momentos, porque no hay madrileño que se estime ó se distinga por algo, desde los personajes políticos más en boga hasta los bailarines retirados ó en activo servicio que representan la *patria* en el Circo de Invierno; desde la altiva Duquesa á la que pesca, no en ruín barca, sino en el *trottoir*, como aquí llamamos la vía pública de la mujer.

En fin, para que nada falte, para que *todo Madrid* y todos los *Madriles* estén aquí *au grand complet*, anteayer, al entrar en el Grand Hotel á dejar tarjeta á un ex embajador, me encontré con el doctor Garrido.

—Tu *quoque!* exclamé al verle.

Y el doctor me respondió:

—Mi deber moral era asistir á esta fiesta del trabajo, y he venido á cumplirlo. De paso le arreglaré el estómago á todo el que se presente.

—Y el caso es que desde que el *Figaro* anunció mi llegada á París, añadió mi hombre, mi cuarto está lleno de desahuciados.

—¡Y yo que pensaba que estos franceses eran gente de mucho estómago! exclamé al despedirme. No se puede asegurar nada en este mundo.

Al salir á la calle me encontré á Barbuchi con dos cuadros debajo del brazo. ¡Lo mismo que en Madrid!

Mariano Fernández me saludaba al mismo tiempo desde un coche, y más allá pasaban en otros vehículos ó *pédibus andando*: Alonso Martínez con Elduayen, Emilio Mario y su hijo, Matosés, Alfredo Escobar, Santana, Sánchez de León, Albareda, la duquesa de la Torre, Valentín Martín, el dentista Heredia... ¡qué sé yo! los *Madriles* en masa inundando cafés, y teatros, y conciertos, hablando por los codos, gastando un dineral y dándome á mí un gozo de verlos, que el corazón no me cabe en mi dilatado y robusto pecho.

Mi querido amigo y director Eduardo Navarro ha contado á esos lectores, con el salero que Dios le dió (y que yo para mí quisiera), la pasión de una Duquesa por un *burrero* de la calle del Cairo.

Quizás no presintiera él, al sacarle aguda punta al suceso, que ese caso patológico iba á degenerar en epidemia.

O los franceses deben tener muy pocos atractivos en la vida íntima (digámoslo así), ó las francesas están sedientas de emociones nuevas y exóticas.

Nada menos que el *perfecto* de policía (así lo llama una señora de Cuenca que ha venido á *exponer* á sus niñas) ha tenido que poner orden en la Explanada de Inválidos (centro de la población oriental de la Exposición).

Tal era el asedio que los negros del Congo, los moritos y los annamitas sufrían (del mejor grado, por supuesto) de las señoras más ó menos momentáneas ú *onduladas*, como ahora las llamamos, que, sin hacer distinción de colores, venían á ofrecer su corazón, con todas sus consecuencias, á estos apreciables indígenas.

De gustos no hay nada escrito, y bien lo demuestra que los más solicitados entre estos *frutos coloniales*, eran los annamitas.

Sin duda, sus dientes teñidos de negro, su color amarillo y sus labios teñidos de rojo por el betel que constantemente mascan, tienen atractivos desconocidos para estas lindas parisenses.

¡Misterios! Yo declaro ingenuamente que si me condenaran á pasar la noche encerrado con una de estas cochinchinas que no se diferencian de sus compatriotas más que en la longitud del pelo, pediría la conmutación de pena y me creería favorecido con que me encerrasen á solas con uno de los Veraguas que ha banderilleado *Lagartijo*.

Después de lo dicho no extrañarán mis lectores que les afirme que nuestros toreros están haciendo estragos en el bello sexo parisién.

De alguno sé que ha recibido proposiciones formales de una actriz muy distinguida para que se deje robar y conducir allá lejos del mundo y sus ruidos, al lindo nido de amores que los espera.

Y Marquesa linajuda ha habido que, no satisfecha con admirar á un espada *coram populo*, ha querido proporcionarse una corrida á puerta cerrada, en la cual se había de encargar el diestro de todas las suertes y traer los trastos de la lidia. La señora no proporcionaba más que el toro.

Pero ha de haber resultado manso.

Estamos en pleno período electoral.

Los carteles de todos colores cubren ya los edificios públicos.

Y á todo esto no hay quien sepa si Boulanger volverá ó no.

Todos los días nos comunican los periódicos de su bando un nuevo plan sobre la *rentée* del *brav'général*.

Pero yo, sin poderlo remediar, recuerdo á aquel baturro que estaba muriéndose, y al que se empeñaba en auxiliar cristianamente un bondadoso clérigo.

—¿Cree usted en Dios?

—Sí, padre.

—¿Cree usted en Jesucristo, su único Hijo?

—Sí, padre.

—¿Cree usted que murió por redimirnos?

—Sí, padre.

—¿Cree usted que vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos?

—Sí, padre...; pero ya verá usted como no viene.

BLASCO.

Paris 12 de Septiembre de 1889.

¡PERO DON CANUTO!...

(Á UN INTRUSO)

Señor don Canuto Boyero y Fernández:
En fina demanada recibí un *romance*, hijo de su *ingenio*, según las señales, para que yo emita sobre él mi dictamen.
¡Vaya, vaya, vaya! ¡Carape, carape! ¡Cuánto lo deploro, verme en este trance, señor don Canuto Boyero y Fernández! (¡Y habrá quien te vista! ¡Y habrá quien te calce! ¡Y no hay quien te zurza ni habrá quien te mate!) Cada mortal tiene sus debilidades. Yo he luchado en vano contra mi carácter, por ver si evitaba desilusionarle; pero no se deja sobornar de nadie, y al Verbo Divino canta las verdades. En su consecuencia, voy á usted á juzgarle sin paños calientes de ninguna clase. A usted le sucede lo que á otros mil *vates*, que escriben en tonto, sin numen bastante, sin doctos principios ni reglas del arte; títulos tan justos como indispensables, y aciertan, á veces, como dijo Iriarte, sólo por chiripa: nada, esa es la frase. Se hallan comprendidos les tales rumiantes de las bellas letras y las bellas artes, en la insigne fábula del citado vate; la cual se titula... (¿si podré acordarme?...)
¡Ah! *El burro flautista*. ¿Es usted bastante capaz de decirme que ignora ó no sabe la fábula egregia que no he de copiarle?

Bueno, pues dejemos el exordio aparte, señor don Canuto Boyero y Fernández. ¿Quiere usted que emita sobre su *romance* mi opinión sincera, aunque poco vale? ¿Que sí? Pues corriente. No hay que conjurarse si no es lisonjero para usted el dictamen. Vuelvo á repetirle mi primera parte. A usted... francamente, no quieren dignarse darle su tutela las Musas... ¡qué diantre! ¿Y qué va usted á hacerle por este percalce, señor don Canuto Boyero y Fernández? ¡Deje usted á las Musas! ¿Qué falta le hacen? Si yo poseyera tan sola una parte de las hortalizas y los melonares que *cultiva* hace años en sus heredades de *Villaciruelo* ó *Villasalvaje*, ¿yo tratarías? ¡Vamos! ¡Como no tratase!... ¡Ya no hacía coplas ni para mi padre! Eso no contando sus múltiples aves, sus reses vacunas y otros animales. Como que usted debe de ser el más *grande* ó el mayor rentista: ¡eso es indudable, señor don Canuto Boyero y Fernández! En fin, concretando: sobre su *romance*, ya que usted me obliga á que al fin lo falle, diré á usted, en conciencia, por si no lo sabe, que está el pobrecito... ¡lleno de lunares! Este es mi concepto. Yo no engaño á nadie, señor don Canuto Boyero y Fernández.

EUSTAQUIO CABEZÓN

PROPIO Y AJENO

Lea usted con entusiasmo el anuncio de MICIFUF que va en la página 8.^a

Bueno; ahora repita usted ese nombre tres ó cuatro veces al día.

Luego haga usted que la familia también lo repita.

Después dígame usted á todos sus amigos que hagan lo mismo.

Luego...

Luego ya le diré yo á usted lo que debe hacer.

Las cacerías de lobos es el título de un interesante libro que acaba de publicar D. Emilio Mozo de Rosales.

Se vende á tres pesetas en todas las librerías.

Nuestro antiguo colaborador Salvador Rueda ha puesto á la venta una primorosa edición de sus poesías *Estrellas errantes*. Precio, una peseta.

¡Consuelo! Poema por Julio González Hernández. Toledo, 1889.—Una peseta.

Rubifios, impresor, plaza de la Paja, 7 bis.





—Si ustedes no mandan otra cosa, con su permiso me voy á vestir.

ANUNCIOS RECOMENDADOS

Banco Hispano-Colonial.

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba: emisión de 1886.

ANUNCIO

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Pla, el 13.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el artículo 1.º del real decreto de 10 de Mayo de 1886 y real orden de 9 de Agosto de este año, han resultado favorecidas las once bolas números 1.122, 2.066, 3.454, 3.603, 3.972, 5.154, 7.441, 7.731, 8.869, 9.717 y 9.860.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil y cien billetes

Números 112.101 al 112.200; 206.501 al 206.600; 345.301 al 345.400; 360.201 al 360.300; 397.101 al 397.200; 515.301 al 515.400; 744.001 al 744.100; 773.001 al 773.100; 886.801 al 886.900; 971.601 al 971.700; 985.901 al 986.000.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto, se hace público para conocimiento de los intere-

sados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Octubre próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Junio de 1889.—El secretario general, *Aristides de Artiñano*.

F. Serrano de la Pedrosa.

LA MUJER, EL MARIDO Y LA VECINA

NOVELA FESTIVA

Un lujoso volumen con ilustraciones en color,

DOS PESETAS

GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN

A. PRADES Y COMPAÑÍA

Circulares, periódicos, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, etc.

Anuncios en periódicos, telones, medianerías y vallas.

Se garantizan todos los trabajos de este Centro, y se remiten tarifas de precios al que las solicite.

32, JESÚS Y MARÍA, 32, MADRID

MICIFUF